JACETANIA,
EL VIEJO ARAGÓN

La comarca de la Jacetania, organizada sobre las tierras del Condado de Aragón, se sitúa en la zona más noroccidental de Aragón, limitando con Francia al Norte, compartiendo la cordillera Pirenaica, y con Navarra al Oeste. Su frontera este la marca la comarca del Alto Gállego, en concreto el valle de este río, y la del Sur le lleva hasta las comarcas de Cinco Villas y Hoya de Huesca. Articulada por el río Aragón y sus afluentes, tiene una superficie de 1.858 km^2 con una baja densidad de población puesto que el setenta por ciento de sus gentes viven en Jaca, su capital administrativa e histórica.

Este territorio organizado administrativamente como comarca en el año 2002, es el espacio histórico aragonés de mayor antigüedad y mantiene como referencia el recuerdo de los pueblos *Iacetanos* que la ocupan en el siglo III antes de Cristo, momento en el que estos guerreros de filiación íbera –con importantes influencias mediterráneas de griegos y fenicios– fundaron la gran fortaleza de *Iacca* donde se emitió moneda y desde la que se gobernó un amplio estado que tuvieron que someter los romanos si querían asentarse en las zonas del Pirineo central, desde la actual Navarra hasta los valles ilerdenses.

Conquistada la ciudad de *Iacca* gracias al engaño urdido por las tropas del cónsul Marco Poncio Catón en el año 195 antes de Cristo, la vieja fortaleza ibera se mudó en una ciudad romana que creció al convertirse en la referencia de la calzada que comunicaba el valle del Ebro con Roma, a través del *Summus Portus* o Somport al que los emperadores romanos dedicaron sus atenciones hasta tiempos del emperador Máximo en el año 382 que arregla los desperfectos ocasionados por la nieve.

Esa función militar de vigilar la calzada, unida a la actividad comercial que gestiona con un entorno agrícola-ganadero, continúa vigente en el mundo visigodo que intenta poner orden en el *territorium aragonense*, que se centraba en Huesca y que estaba dividido en varios *pagi* o *pagus*, uno de los cuales era el de los *iaccetani,* al que pertenecían los valles de Aruex o Canfranc y el de la Garcipollera, además del Campo de Jaca.

La vieja muralla megalítica protegió el destacamento militar visigodo existente en su interior, mientras crecía el pequeño monasterio que se fundaba en los campos exteriores, junto al camino romano que también albergaba una necrópolis. Y estas murallas debieron impresionar a los musulmanes que llegan a estas tierras en el año 715, aunque no muestran interés por la vieja ciudad ibero-romana, asentada en la meseta del río Aragón, optando por establecer algunos pequeños puntos militares de control en zonas más altas. Rapitán, sobre Jaca, es elegida como sede de un *rabitum* o fortaleza y desde ella se ordena un sistema de control que sustentan otras torres levantadas por ellos en lugares como Castiello de Jaca, desde las que recuerdan quién manda y recauda los tributos impuestos a la población cristiana

Centrada en el control de la vía romana que pasaba por Jaca, la presencia musulmana fue mucho más eso que un dominio real, puesto que en estas zonas pronto comprendieron que tenían que luchar no sólo contra las gentes sino contra la geografía y el clima. Además se encontraron con la presencia en estos valles de los ejércitos carolingios que atraviesan el Pirineo, con la intención de establecer pequeñas guarniciones militares desde las que vigilar los movimientos y planificar el asalto a la ciudad de Zaragoza, cuyos gobernadores se habían reído del propio Carlomagno prometiéndole el control de la ciudad y traicionándolo cuando llegó ante sus muros, en la primavera del año 778.

En esta tarea se justifica el establecimiento de un ejército carolingio, al mando del cual va un funcionario imperial con rango de conde, en el valle de Echo (Hecho) regado por el río que los documentos comienzan a llamar como Aragón Subordán, seguramente en recuerdo de los pueblos que lo habitaron. No han elegido la vía romana del Somport, controlada por la fortaleza jacetana, puesto que les resulta más fácil establecerse en las orillas de la otra calzada que comunica con el

Bearn y que pasa por el valle cheso, zona donde no hay ningún enclave militar y solamente tienen que pactar su presencia con algunos grupos locales y sus líderes.

Al frente de todo ese dispositivo repoblador va el conde Galindo I Aznárez, hijo del mismo Aznar Galíndez I que fue destinado a las tierras de Sobrarbe y tuvo que abandonarlas tras un tormentoso enfrentamiento con su yerno indígena, ávido de recuperar el control del territorio de su familia. Después de haber estado en tierras de la naciente Ribagorza, al final su hijo es destinado al valle más occidental del territorio aragonés a donde llega en la primavera del año 833, acompañado de un grupo de monjes que están llamados a gestionar el monasterio condal, que se fundará bajo la advocación de San Pedro en el lugar de Siresa.

La nueva fundación se hace sobre una antigua iglesia visigótica y los más de cien monjes que pronto vivirán aquí, además de emplearse en la atención a los peregrinos y en la creación de una gran biblioteca, serán los verdaderos artífices de la creación de poblaciones y de la gestión de los recursos económicos del valle. San Pedro de Siresa se convierte en el espacio sagrado que custodiará la memoria de la familia condal que gobierna las tierras de Echo y Ansó y será el referente de toda la construcción del mapa monástico del poniente aragonés.

Como dato de gran interés está la visita de san Eulogio de Córdoba, conocida por una carta del año 848, donde se habla de la grandiosa biblioteca que albergaba el monasterio, con grandes obras de la antigüedad clásica, y de su cuidada liturgia, centrada en sus once altares y en las poderosas reliquias entre las que destacaba el brazo de san Pedro. Actualmente, después de las excavaciones desarrolladas a finales del siglo XX, sabemos que en su subsuelo se conserva la planta del monasterio visigodo y sobre él los restos de la construcción carolingia, siendo visibles hoy las reformas hechas por los primeros reyes aragoneses en el siglo XII y por el obispo de Huesca-Jaca en el XIII.

San Pedro de Siresa será el centro del territorio que gobiernan unos condes en Aragón hasta que dejen de ser funcionarios delegados del emperador franco, como consecuencia de la desaparición del imperio carolingio, y se vinculen a la tierra que gobiernan desde algunas generaciones convirtiéndose en condes de Aragón. De todos ellos cobra especial protagonismo Galindo II, el conde que decidió saltar las fronteras de sus valles y extender sus dominios hacia el Este, en busca del río Gállego, y hacia el Sur poniendo la frontera en la Sierra de San Juan de la Peña, donde fundará el monasterio de San Julián y Santa Basilisa.

San Pedro de Siresa

El control de ese amplio territorio le aporta, además de recursos humanos y materiales, el dominio de la vieja ciudad ibera de Jaca que conservaba su recinto fortificado, cosa que le permitió establecer en él su residencia para aprovechar el prestigio que le daba el dominar la única ciudad romana del Pirineo. Protegidos por sus muros residirán los condes desde el entorno del año 920, controlando las tierras de esta meseta convertidas en una rentable explotación agrícola. Y en su cercanía se recuperará un viejo monasterio visigótico, que se dedica a San Pedro y es puesto bajo el control de los monjes de Siresa.

Pocos años iba a durar la autoridad del conde Galindo II, puesto que, en el invierno del año 922, el rey Sancho Garcés I de Pamplona (905-925) "conquistó todas las montañas de Aragón y

Paisaje del Valle de Echo desde Siresa

Sobrarbe" sometiendo a su autoridad la del conde aragonés y arbitrando la hábil solución de casar al hijo del rey pamplonés con Endregoto, la hija del conde aragonés. Con este matrimonio, celebrado hacia el año 935, se construía un linaje único para gobernar el reino de Pamplona y el condado de Aragón, que se convertía en un poder clave para gestionar los valles pirenaicos. Jaca seguiría siendo una propiedad privada de la familia gobernante y sus tierras serían objeto de un interesante modo de control socioeconómico a través de algunos monasterios que se fundan dentro de claro proyecto de ordenación del territorio.

La aparición de muchos monasterios, que se ocupan de gestionar en la mayoría de los casos los valles en los que están ubicados, lleva implícita una importante tarea de evangelización en una población que mantenía vivas las creencias paganas. Por eso, el primer problema que hay que resolver es el control espiritual de toda esta maquinaria y hacerlo sin que el poder real pierda la oportunidad de vigilarlo. En la invasión del territorio aragonés acompañaba al monarca un obispo, de nombre Basilio, que no pudo superar el duro invierno que le tocó vivir en plena acción militar. Su muerte llevó al obispado de Pamplona a un clérigo, de cuarenta años, que vivía intensamente las ansias expansionistas de su monarca y que apostaba por consolidar una visión universalista del reino, tarea para la que era necesario contar con varios obispos.

Galindo, que ese era el nombre del obispo consagrado en el año 922, trabajó para hacer realidad el sueño de los reyes condes y el suyo propio de convertirse en la cabeza de varios obispados, de tener su propia provincia eclesiástica. El *Obituario de los obispos de Pamplona* cuenta que "en la era 960 le sucedió el obispo Galindo, de cuarenta años, y ordenados cuatro obispos, a saber, Sisuldo obispo de Calahorra, Teodorico obispo de Tobía, (Ferriolo) obispo de Sasau y Feliza, obispo de (*¿Deyo?*)...". Estamos hablando de obispos en Calahorra, en Tobía (que luego se desplazaría a Nájera), en Sásave y en *Deyo* o Tierra Estella. A los efectos del territorio que nos ocupa la gran novedad es la creación de un obispado que se asienta en Sásave, incardinado a un pequeño monasterio en el que reside el obispo que gestiona espiritualmente los valles del condado de Aragón.

Son tiempos de cristianización y de consagración de pequeñas iglesias y monasterios que acabarían incendiados por las tropas del caudillo musulmán al-Mansur en la campaña de castigo desarrollada en el año 999. La ruina que produjo y el miedo que caló en la población hicieron que los años de principios del siglo XI fueran tiempos dominados sólo por las necesidades militares y por la urgencia de crear una buena red de castillos que defendieran el territorio.

El reinado de Sancho Garcés III el Mayor, el último rey conde, sería el momento en el que –quizás con la influencia del obispo Oliva de Vic– se introdujo el románico lombardo que, al construir con materiales baratos y con rapidez, permitían convivir con las menguadas arcas del estado. San Caprasio de la Serós, en la década de 1020, o el núcleo primitivo del castillo de Loarre son ejemplo de ello. Pero, este monarca no pasaría a la historia por su vinculación a estas cuestiones sino por su testamento, en donde dividió su reino y nombró a su hijo Ramiro como rey del territorio condal convertido ahora en Reino de Aragón. Muerto Sancho el Mayor, en el año 1035, Ramiro I se ocupa principalmente, aunque agobiado militarmente por sus hermanos a derecha e izquierda, en lograr aumentar los recursos de la tierra, construir puentes que facilitaran las comunicaciones y levantar castillos que pudieran servir de elementos de ataque a las tierras dominadas por los musulmanes.

Todo ello, sin olvidar que Jaca sigue siendo la finca que tiene en propiedad la familia real y en la que pasan gran parte del invierno, cuestión que la convierte en escenario de los grandes acontecimientos familiares y sociales. En su fortaleza residen ellos, en su entorno se va creando una villa real y en sus cercanías cobra importancia el monasterio de San Pedro, donde el rey Ramiro quiere ubicar la nueva iglesia de la corte y fijar la residencia del obispo de Sásave que, como hay que controlar, ha trasladado a vivir a Jaca. Con su hijo, el poderoso Sancho Ramírez que se alió con el papado, este obispo verá convertido su título en el de obispo de Aragón, en 1077, e incluso en el de obispo de Jaca pues reside en la nueva ciudad.

Sancho Ramírez (1064-1094) ha dado un paso de gran importancia al vincular el naciente y débil reino con el sólido y poderoso papado reformista de la segunda mitad del siglo XI. Junto a ello, la concesión a Jaca de un Fuero que estaba llamado a ser el instrumento legal para lograr que Jaca se convirtiera en el gran centro comercial del Camino de Santiago, con un millar de habitantes y con la corte residiendo en ella. La lógica le lleva a dotar de catedral al nuevo obispado y a

Panorámica de San Juan de la Peña con la Peña Oroel al fondo

la familia real que, en las celebraciones litúrgicas, se consolida como guardián del territorio por encargo de Dios.

Para la unión de la residencia fortificada con la zona del monasterio de San Pedro, junto al que se levantará la nueva catedral de San Pedro, se ha utilizado un camino que acaba convertido en la calle mayor y que ordena el plano de la ciudad. Espacio fundamental en la nueva ciudad es esa catedral, gestionada por un capítulo de canónigos procedentes de diverso territorios y convertida en el espacio de la celebración real, donde la familia se muestra con la aureola de haber sido elegidos por Dios en las penitencias cuaresmales o en las bodas de los príncipes, como la de Pedro I, tercer rey de Aragón, en 1096.

Cuando se concluya la catedral, en 1139 si hacemos caso de un documento papal, la ciudad mantendrá su rango de espacio real pero habrá perdido su condición de capital de Aragón que se ha ido a la de Huesca. Todo ello repercute en la disminución de rentas para la catedral y en su

Valle del Aragón desde el lugar de Echo

deterioro, así como en la paralización de muchas construcciones que se estaban levantando en estilo románico. Las que logren hacerse, lo serán gracias al trabajo popular de artesanos locales que siguen trascribiendo el románico jaqués aunque sin la elegancia del original.

Son tiempos de conflictos muy importantes entre el obispo de Jaca, ya convertido en obispo de Jaca-Huesca, y los monasterios de San Juan de la Peña y Santa Cruz de la Serós que unen a su poder económico el prestigio de ser panteón y fundación real. Además, la lucha por el control de sus ricas cabañas ganaderas y los robos acaecidos llevará a vivir tiempos de tensiones a las que no estará ajena la ciudad de Jaca desde el siglo XIII.

Texto: DJBC - Fotos: DJBC/PLHH/AGO